

*La historia intelectual en la era del giro cultural**

Peter Burke

Universidad de Cambridge

El cuestionario acerca del “mapa” de la historia intelectual del presente que me invitaron a responder es lúcido y agudo, pero mi respuesta quizá exija una breve aclaración. Será limitada, en particular en dos aspectos.

En primer lugar, voy a privilegiar los estudios sobre Europa de especialistas europeos y, dentro de este ámbito, los escritos en inglés, simplemente porque son aquellos con los que estoy más familiarizado (Cambridge aparece de modo recurrente como sitio de publicación en las notas al pie, un recordatorio de que incluso en un mundo en globalización el sitio fijo sigue siendo importante para la comunicación como para la producción de ideas). Para compensar esta limitación, no voy a restringir la argumentación a la “historia” en un sentido restringido ni al período moderno temprano en el que me he especializado, sino que abarcará desde el mundo antiguo hasta el siglo XX, incluyendo la obra de investigadores que provienen de departamentos de lenguas clásicas, literatura e historia de la ciencia tanto como de departamentos de historia.

En segundo lugar, me gustaría desplazar la atención desde el presente hacia el futuro cercano. En términos más concretos, voy a evitar los dos modelos actualmente más populares y

exitosos de la historia intelectual. En el mundo angloparlante existe la “historia intelectual” en sentido estricto, tal como se la practica en la línea que podríamos denominar el “eje Cambridge-Baltimore” de John Pocock, Quentin Skinner y sus numerosos seguidores.¹ En el mundo germanoparlante, existe la *Begriffsgeschichte* que practicó con brillantez Reinhart Koselleck y fue institucionalizada en los múltiples volúmenes de *Geschichtliche Grundbegriffe*. Durante mucho tiempo, una frontera tanto intelectual como lingüística separó estos dos enfoques sobre las ideas, una frontera que en el último tiempo se volvió más fácil de cruzar, en particular gracias a los esfuerzos diplomáticos de Melvin Richter.²

No es mi intención sugerir que estos dos enfoques iluminadores se hayan agotado, aunque considero que transcurrido el espacio de una generación, en términos intelectuales hoy ambos pueden mostrar rendimientos decrecientes. No obstante, lo que quiero sugerir es el valor de una “tercera vía” o un ter-

¹ Para una celebración y reevaluación recientes de la obra de Skinner, véanse Annabel Brett y James Tully (eds.), *Rethinking the Foundations of Modern Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

² Melvin Richter, *The History of Political and Social Concepts: a critical introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.

* Traducción: Leonel Livchits.

cer paradigma, más cercano a la historia cultural tal como se la practica hoy. Este enfoque podría denominarse “historia cultural de las ideas”, en la línea de la “historia social de las ideas” propuesta en los años sesenta y setenta por Peter Gay y Robert Darnton (si bien no dieron exactamente el mismo significado al sintagma). Distinguiría este enfoque del de la “historia cultural” *tout court* aduciendo que gran parte de estos trabajos se ocupan de ideas, mentalidades, conocimiento o curiosidad y no de características de la historia cultural tal como las definió Roger Chartier: prácticas y representaciones. Este conjunto de trabajos se ubica mejor en la frontera entre historia intelectual y cultural (entendiendo el término “frontera” en este contexto como una “zona de contacto” antes que como una línea de separación).

Quisiera ilustrar la importancia creciente de este enfoque con ejemplos de estudios publicados en los últimos quince años aproximadamente, así como con referencias ocasionales a cinco congresos recientes celebradas en Princeton, Nueva York, Munich, Harvard y Leiden.

La historia misma de la historiografía ofrece algunos ejemplos de este cambio de foco, revelado en el uso creciente de la frase “cultura histórica”. El pionero en este sentido fue sin duda el historiador francés Bernard Guénée, pero sólo recientemente se ha seguido su ejemplo, como en el caso de los investigadores canadienses Mark Phillips y Daniel Woolf.³ El “valor monetario”, como les gustaba decir a los filósofos ingleses, esto es, el

valor del nuevo término, está en dirigir la atención más allá de las historias impresas y hacia las actitudes de sus lectores en el pasado, e incluso las de personas que nunca leyeron historia y tal vez no sabían leer, pero que mantenían actitudes hacia el pasado derivadas de imágenes y de tradiciones orales.

De un modo similar al tratamiento de la cultura histórica, o, mejor dicho, de las “culturas históricas” en plural, estudios recientes han abordado la historia de las culturas religiosas antes que la historia de las doctrinas o la teología, las culturas de las ciencias antes que la historia de las teorías científicas, y la culturas políticas antes que la historia del pensamiento político. Por ejemplo, el pensamiento político inglés de mediados del siglo XVII ha sido estudiado con frecuencia, pero un libro reciente enfoca “la cultura política del *Commonwealth* inglés”. El pensamiento y las instituciones políticas escandinavas han sido abordados desde este punto de vista en un volumen colectivo sobre la construcción cultural de “Norden”, el término escandinavo para Escandinavia, que trata no sólo, como se podría esperar, sobre identidades religiosas y nacionales, sino también sobre la cultura política y “la culturalidad del Estado de Bienestar Nórdico”.⁴

Una ilustración del modo en que el Departamento de Historia y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Cambridge ha estado revisando y renovando la historia de la ciencia es el volumen colectivo sobre “culturas de la historia natural”.⁵ En un campo adyacente, Peter Galison ha realizado un estu-

³ Bernard Guénée, *Histoire et culture historique dans l'occident medieval*, París, Aubier, 1980: la ausencia de traducciones de este estudio fundamental da indicios sobre su recepción relativamente fría; Mark S. Phillips, *Society and Sentiment: Genres of Historical Writing in Britain, 1740-1820*, Princeton, Princeton University Press, 2000; Daniel Woolf, *The Social Circulation of the Past: English Historical Culture 1500-1730*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

⁴ Sean Kelsey, *Inventing a Republic: the Political Culture of the English Commonwealth*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; Øystein Sørensen y Bo Stråth (eds.), *The Cultural Construction of Norden*, Oslo, Estocolmo, etc., Scandinavian Universities Press, 1997.

⁵ Nicholas Jardine, James A. Secord y Emma C. Spary (eds.), *Cultures of Natural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

dio de lo que denomina las “subculturas” de la física del siglo XX (en particular, teóricos y experimentadores), identificando lo que llama “zonas de comercio”, definidas como espacios donde “dos grupos disímiles pueden hallar un fundamento común”, intercambiando información sin acordar acerca de la trascendencia de lo intercambiado en términos más amplios.⁶

Un aspecto importante en el cual el amplio “giro cultural” ha afectado la historia intelectual es la reevaluación reciente de la idea de “tradición”. Si bien fue central para la historia cultural “tradicional”, por ejemplo los estudios de la tradición clásica asociados al Instituto Warburg, la noción de tradición ha sido relativamente descuidada en años recientes. Aunque el estudio colectivo *La invención de la tradición* tuvo un impacto profundo en muchos países y numerosas disciplinas, lo que parece haber atraído a los lectores fue la parte de “invención” en la ecuación antes que la parte de “tradición” (véase la avalancha de libros recientes con la palabra “invención” en su título, desde “La invención de España” a “La invención de Argentina”).⁷ Sólo recientemente encontramos intentos por parte de historiadores de compensar el equilibrio, redefiniendo la noción de tradición intelectual a través de las ideas de Thomas Kuhn, por ejemplo, o de Hans-Georg Gadamer.⁸

⁶ Peter Galison, *Image and Logic: a material culture of microphysics*, Chicago, University of Chicago Press, 1997, pp. 46, 803. Le agradezco a mi colega Richard Drayton de Cambridge que me haya llamado la atención sobre este innovador estudio.

⁷ Inman Fox, *La invención de España*, Madrid, 1997; Nicolas Shumway, *The Invention of Argentina*, Berkeley, University of California Press, 1991.

⁸ Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983 [traducción castellana: *La invención de la tradición*, trad. Omar Rodríguez, Barcelona, Crítica, 2002]. Mark S. Phillips y Gordon J. Schochet (eds.), *Questions of Tradition*, Toronto, University of Toronto Press, 2004.

El valor de la noción de tradición se debe en parte al hecho de que atiende al esfuerzo siempre involucrado en la transmisión del conocimiento a través de las generaciones, esfuerzo que los historiadores no deberían dar por sentado, sea obra de individuos, grupos o instituciones tales como escuelas y universidades. El “conocimiento”, junto con la “información”, es el foco de una serie de estudios recientes sobre los límites de la historia intelectual y cultural. Tres de los más importantes de estos estudios se ocupan de la historia de la India colonial. El primero sostiene que el conocimiento en apariencia desinteresado sobre la India fue impulsado por los ingleses para asistirlos en el control del país. El segundo hace hincapié en la importancia de la información para la práctica política y enfatiza el modo en que los británicos construyeron su administración sobre la base de sus predecesores mogoles, en tanto que el tercero sostiene que el sistema de castas, al menos en su forma moderna, no fue tanto una expresión de la tradición hindú como producto del encuentro entre los súbditos hindúes y los administradores británicos preocupados por clasificar a las personas que se encontraban bajo su control.⁹

Los historiadores de Europa se mueven en una dirección similar. Publiqué un estudio general sobre este tema hace algunos años, concentrándome en el período 1450-1750. Este “campo del conocimiento” ha seguido expandiéndose desde entonces, en un espectro que se extiende desde una historia de la idea de curiosidad y las prácticas asociadas a ésta, hasta una serie de estudios

⁹ Bernard S. Cohn, *Colonialism and its forms of Knowledge: the British in India*, Princeton, Princeton University Press, 1996; Christopher Bayly, *Empire and Information: Intelligence Gathering and Social Communication in India, 1780-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; Nicholas Dirks, *Castes of Mind: Colonialism and the Making of Modern India*, Princeton, Princeton University Press, 2001.

sobre los usos políticos de la información, el tema principal de un congreso celebrado en Munich en 2006, “Information in der Frühen Neuzeit”.¹⁰ Un resultado de este interés por la política de la información ha sido el incremento de estudios sobre archivos (en contraposición a los estudios en archivos), que examinan la lógica y los efectos de los modos en que los gobiernos organizaron la información.¹¹

El estudio del conocimiento o de la información naturalmente conduce a los modos en que se la transmitió, y este tópico también ha atraído bastante atención recientemente. De hecho, la historia del libro, con el aporte de bibliotecarios y bibliógrafos así como de historiadores, ya está en camino de convertirse en una nueva disciplina. En el contexto de *Prismas*, sin embargo, lo que mayor énfasis merece es el modo en que una preocupación por los libros y la lectura está transformando sectores tradicionales de la historia intelectual. Por ejemplo, dos estudios recientes en inglés han reunido la historia del libro y la historia de la ciencia, para beneficio de ambas.¹²

El interés acerca de la propagación de la información impresa ha sido acompañado de

un interés por otros medios de transmisión: orales, escritos y pictóricos. La importancia continua de la comunicación manuscrita en la era de la imprenta ha sido enfatizada en los casos de la modernidad temprana de Francia, Inglaterra y España, en tanto que el lugar de la comunicación oral en la universidad moderna es el tema de un estudio notable de Françoise Waquet.¹³ En cuanto a la frontera entre historia intelectual y lo que solía conocerse como “historia del arte” (más recientemente, la historia de las imágenes o “cultura visual”), hoy es el ámbito de numerosos estudios importantes. La historia del pensamiento político se ha visto enriquecida por los estudios de las imágenes pictóricas y literarias de los gobernantes, e incluso la historia de las ideas filosóficas como aquella de “fortuna” hoy abreva en fuentes visuales.¹⁴

En el curso de esta investigación se ha vuelto evidente (o, para ser más exactos, incluso más evidente que antes) que el modelo simple de ideas que se “propagan” inmodificadas de un lugar a otro, como el modelo simple de las “tradiciones” transmitidas de una generación a otra, necesita de una revisión seria. La idea de la “recepción” creativa, establecida hace tiempo en los estudios literarios, también se está volviendo un lugar común entre los historiadores culturales e intelectuales.

Hay más de un modo de ilustrar este giro desde la producción de ideas a su “consumo”. Uno es observar el renacimiento de la historia de las mentalidades promovido en Francia por la red de *Annales* pero sustituido

¹⁰ Peter Burke, *A Social History of Knowledge from Gutenberg to Diderot*, Cambridge, Polity Press, 2000 [traducción castellana. *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*, trad. Isidro Arias. Barcelona, Paidós, 2002]; Neil Kenny, *The Uses of Curiosity in Early Modern France and Germany*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

¹¹ Dirks, parte 2, sobre el “archivo imperial”; Randolph Head, “Knowing Like a State: the transformation of political knowledge in Swiss archives 1450-1770”, *Journal of Modern History* 75, 2003, pp. 745-782. Una conferencia sobre este tema fue organizada por la Universidad de Harvard en 2005 por Ann Blair y Jennifer Milligan.

¹² Adrian Johns, *The Nature of the Book: Print and Knowledge in the Making*, Chicago, University of Chicago Press, 1998; James L. Secord, *Victorian sensation: the extraordinary publication, reception, and secret authorship of Vestiges of the natural history of creation*, Chicago, University of Chicago Press, 2000.

¹³ Fernando Bouza, *Corre manuscrito: una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001; Françoise Waquet, *Parler comme un livre*, París, Albin Michel, 2003.

¹⁴ Para citar sólo tres estudios recientes: Enrique Florescano, Thomas W. Gaetgens y Nicole Hochner (eds.), *L'image du roi de François Ier à Louis XIV*, París, Maison des Sciences de l'Homme, 2006; José M. González García, *La diosa Fortuna: Metamorfosis de una metáfora política*, Madrid, Machado Libros, 2006.

hacia las décadas de 1980 y 1990 por un interés por las representaciones o *l'imaginaire*.¹⁵ Otro es examinar el papel de la traducción y el modo en que ideas clave se modifican en el curso de su interpretación en otras lenguas. Que esto puede ocurrir incluso en el caso de lenguas similares, tales como el inglés y el alemán, ha sido demostrado claramente en el caso del pensador del Iluminismo escocés Adam Ferguson y su concepto de la “sociedad civil”.¹⁶ Sin embargo, la demostración es aun más clara, por no decir más dramática, en casos en los que conceptos europeos tales como libertad, democracia o cristiandad fueron traducidos a lenguas con estructuras y tradiciones muy distintas, tales como el japonés o el wolof hablado en Senegal.¹⁷

En estos casos, por supuesto, el problema de la traducción no es tanto lingüístico como cultural. Elegir un término o frase en la lengua de llegada con un “efecto equivalente” al de la lengua de partida se vuelve cada vez más difícil cuanto mayor es la distancia entre las dos culturas, los presupuestos y las asociaciones del autor original y los nuevos lectores. En este contexto, como en otros (el

estudio de los encuentros culturales, por ejemplo), la metáfora de la “traducción cultural” del antropólogo se vuelve un concepto extremadamente útil, ya que hace atender al esfuerzo y a la habilidad así como a las decisiones difíciles involucradas en el acto de traducción, donde se camina por la cuerda floja entre la infidelidad al texto original y la ininteligibilidad para los nuevos lectores.¹⁸

En mi visión, uno de los caminos a seguir en el futuro cercano en la historia cultural de las ideas es precisamente este interés por la traducción interlingüística como un caso especial de traducción cultural.¹⁹ A propósito, la dificultad particular de la traducción—sea literal o metafórica—de ciertos conceptos lleva a un famoso problema: ¿cuándo puede un historiador afirmar que ciertas ideas se encuentran “fuera de lugar” en una cultura dada?²⁰

La historia de todas estas formas de traducción es necesariamente una historia comparativa, interesada tanto por la cultura que produce las ideas como por la cultura que las consume. Las comparaciones y los contrastes entre culturas ayudan tanto a los historiadores como a sus lectores a percibir y explicar las diferencias acerca de ideas y actitudes y, lo que es aun más importante, las diferencias acerca de los presupuestos, en cuanto a lo que está implícito o se da por sentado en un lugar, tiempo y grupo social dados, así como en cuanto a lo que es lo que sostiene las instituciones locales. Un buen ejemplo del valor de

¹⁵ Ejemplos recientes incluyen a Malcolm Gaskill, *Crime and Mentalities in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000; A. A. Gorskii y E. I. Zubkova (eds.), *Rossiiskaia mental'nost*, Moscú, 1999; Hervé Martin, *Mentalités médiévales*, Paris, 1996; Arved Nedkvitne, “Beyond Historical Anthropology in the Study of Medieval Mentalities”, *Scandinavian Journal of History* 25, 2000, pp. 27-51.

¹⁶ Fania Oz-Salzberger, *Translating the Enlightenment: Scottish Civic Discourse in 18th Century Germany*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

¹⁷ Entre los estudios más penetrantes se encuentran los de Frederick Schaffer, *Democracy in Translation: understanding politics in an unfamiliar culture*, Itaca, Cornell University Press, 1998; Ikuo Higashibaba, *Christianity in Early Modern Japan*, Leiden, Brill, 2001; Douglas Howland, *Translating the West*, Honolulu, University of Hawaii Press, 2001. Una conferencia celebrada en The City University of New York en 2005, “Translation: The History of Political Thought and the History of Concepts”, intentó inspirarse en estas bases.

¹⁸ Maria Lúcia Pallares-Burke, *Nísia Floresta, O Carapuceiro e Outros Ensaio de Tradução Cultural*, San Pablo, Hucitec, 1996.

¹⁹ Planteo este caso en la introducción a Peter Burke y R. Po-chia Hsia (eds.), *Cultural Translation in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

²⁰ Roberto Schwarz, *Ao Vencedor as Batatas*, San Pablo, 1977; Elías José Palti, “The Problem of ‘Misplaced Ideas’ Revisited: Beyond the ‘History of Ideas’ in Latin America”, *Journal of the History of Ideas* 67 (2006), pp. 149-179.

este enfoque es un estudio reciente de la diferencia entre los intentos organizados por comprender el mundo natural en la Grecia antigua y en la China antigua, haciendo hincapié en la tradición de debate en la primera y en la importancia del apoyo oficial para la investigación en la segunda.²¹ El valor de explorar las historias intelectuales de la modernidad temprana de Asia (el mundo islámico, India y China) fue tratado en un congreso reciente en el Instituto Internacional de Estudios Asiáticos de Leiden.

Este breve repaso deja poco lugar a la crítica. No hubiera elegido este tópico si no creyera que la historia cultural de las ideas tiene mucho que ofrecer, ya que ha producido estudios valiosos y que es probable que dé nuevos frutos en un futuro cercano. Como ocurre con otros enfoques, éste sin duda es vulnerable a la crítica. Voy a terminar sugiriendo que sus debilidades son indisociables de sus fortalezas; son, en otras palabras, el reverso de la medalla.

El punto más evidente y quizá más importante que debemos reconocer es que el concepto de cultura adolece de una vaguedad incorregible, siendo este el aspecto negativo su flexibilidad. La historia intelectual tradicional es más rigurosa. La historia de la recep-

ción de un texto o de una idea, por ejemplo, no puede analizarse con el mismo grado de precisión que el texto mismo, o incluso que su contexto original –si bien el concepto de contexto es menos preciso de lo que parecería–.²²

Por otro lado, la historia cultural de las ideas se acerca de un modo más amplio y quizás más profundo a las culturas y las sociedades del pasado. La moraleja que extraigo de esta situación es que en la historiografía de la cultura, así como en la propia historia de la cultura, un nuevo enfoque no debería reemplazar a uno anterior, y a menudo no lo hace. El resultado normal es cierta forma (no necesariamente pacífica) de coexistencia.

En pocas palabras, este artículo no sostiene que la historia intelectual tradicional o *Begriffsgeschichte* deba ser relegada al tacho de basura; simplemente sugiero que a estos enfoques más viejos se ha sumado recientemente una tercera perspectiva. La competencia es inevitable, al menos en un entorno académico caracterizado por recursos escasos, pero también hay espacio para el diálogo y la interacción. Este diálogo podría ayudar a poner coto a los rendimientos decrecientes de los enfoques tradicionales a los que me referí en el comienzo de este ensayo. □

²¹ Geoffrey Lloyd, *The Ambitions of Curiosity: Understanding the World in ancient Greece and China*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

²² Peter Burke, “Context in Context”, *Common Knowledge* 8: 1, 2002, pp. 152-177.